

¿Nos vemos en Astaná?

Carlos LARRÍNAGA

Historiador

Puede que los aficionados al deporte identifiquen Astaná con un equipo ciclista, pero, en realidad, es algo más. Es la capital de Kazajistán. Y es en esta ciudad, precisamente, donde Turquía y Rusia han previsto celebrar la próxima ronda de negociaciones de la paz en Siria. Para ello es necesario que la tregua pactada por Ankara y Moscú entre las fuerzas del régimen de Bashar al-Asad y los opositores se perpetúe. De momento entró en vigor el sábado 30 de diciembre y fue gestándose en las semanas posteriores a la toma de Aleppo. Aunque al día siguiente el Observatorio Sirio de Derechos Humanos, establecido en Londres y afín a los rebeldes, dijo que el alto el fuego se estaba cumpliendo en porcentajes muy elevados, lo cierto es que este armisticio es muy frágil. Así, algunos grupos que la firmaron han denunciado a las tropas sirias, Hezbolá y las milicias chiítas de no cumplirlo y seguir ganando terreno. Además, los islamistas Jabhat Fateh al-Sham y Estado Islámico no participan en este arreglo. Como tampoco lo hacen las milicias kurdas del YPG, a petición de las autoridades turcas, consideradas terroristas por sus conexiones con el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK). Indudablemente, ha sido la concesión hecha por el ejecutivo de Putin para buscar el entendimiento con Erdogan. De suerte que con semejante ceremonia de la confusión, no sé cómo acabará el proceso y si realmente se iniciará el diálogo en Astaná, ya que es muy probable que se frustre.

Pese a ello, hay dos datos muy significativos que merecen la pena ser comentados. Uno es el hecho de que Estados Unidos haya quedado fuera de esta decisión. Hasta la fecha, en los ceses de hostilidades y periodos de diálogo anteriores Washington había jugado un papel determinante. Ahora, sin embargo, esto no está siendo así. El distanciamiento de Obama respecto de Putin viene de atrás y la cuestión de Ucrania ha envenenado las relaciones bilaterales de una manera insospechada. Y en cuanto a Erdogan, tras el golpe de Estado en Turquía, el enfriamiento de sus vínculos con la Administración Obama ha ido “in crescendo”. Por una parte, porque la condena de la asonada vino muy tarde, cuando ya había quedado sofocada. Y por otra, debido a la negativa del gobierno norteamericano a extraditar a Fethullah Gülen, a cuya organización acusan los dirigentes de Ankara de estar detrás de dicho motín. Tales circunstancias han permitido a Putin y Erdogan limar asperezas y poco a poco compartir diversos puntos de vista en la posible conclusión de la guerra en Siria. Al punto de que la pasividad de Ankara aceleró la conquista de Aleppo, un golpe de particular importancia para la recuperación total del suelo sirio. Al fin y al cabo, estamos hablando de dos actores muy presentes en la región, por lo que no es de extrañar que hayan decidido tomar la iniciativa, dejando fuera de juego a un mandatario, Obama, al que le quedan pocos días en el poder. A la espera, pues, de lo que vaya a hacer Donald Trump, nos encontramos con un novedoso eje formado por Ankara, Moscú y Teherán que parece estar llevando la voz cantante en esta zona del Próximo Oriente, en detrimento del papel jugado por Washington y sus aliados, entre ellos, y aun pareciendo contradictorio, Tel-Aviv y Riad.

Por lógica, a la cumbre de Astaná, caso de producirse, han sido invitados numerosos países y organismos, empezando por la propia ONU. También EEUU, estando Putin y Erdogan a la expectativa del giro político que en este asunto pueda suponer la inminente era de Trump. Sus deseos de acercamiento hacia Putin hacen albergar nuevos deseos de que se pueda arbitrar alguna solución que termine con la conflagración y permita dedicar todos los esfuerzos posibles a combatir al Dáesh. Porque no nos engañemos, por mucho que se logre pacificar Siria, mucho me temo que el terrorismo yihadista ha venido para quedarse, al menos por bastante tiempo. Los últimos atentados de estas Navidades así parecen confirmarlo.

El otro dato a tener en cuenta es la propia localidad escogida para el encuentro. Las últimas conversaciones se habían desarrollado siempre en Suiza, prioritariamente en Ginebra. Putin y Erdogan han elegido un escenario completamente distinto. Han trasladado el lugar de la reunión fuera de Europa, lo que tiene asimismo una doble lectura. Primero, el poco peso que el Viejo

Continente está teniendo en este conflicto, limitándose en la mayoría de las ocasiones a hacer seguidismo de EEUU y a no tener una voz propia y diferenciada. Alguien esgrimirá que Suiza no pertenece a la Unión Europea y es verdad, si bien no olvidemos los numerosos convenios que tiene con ella y cómo su posición de neutralidad en las últimas décadas ha privilegiado su papel de sede de acuerdos e instituciones mundiales. Segundo, Kazajistán es una de las antiguas repúblicas soviéticas que accedió a la independencia en 1991 y es una buena aliada de Moscú (es miembro de la CEI). Por lo que debemos entender que, en cierta medida, Putin juega en casa. Con la anuencia del presidente kazajo, ha conseguido llevar el escenario de la conferencia a su terreno. De suerte que los agentes que participarían en el cónclave de Astaná ya no lo harían en un supuesto enclave imparcial, como Suiza, sino donde el estadista ruso quiere. Lo que demuestra su poder y la capacidad de maniobra que está desplegando en este asunto. De ahí el tremendo error de Barack Obama al distanciarse del Kremlin y al considerar a Rusia como una potencia menor, simplemente regional. Al contrario, Putin está demostrando mucha más inteligencia política, lo que le está permitiendo tejer una serie de alianzas que podrían introducir serios cambios en el tablero internacional, en especial, si logra atraer a sus propósitos al mismísimo Donald Trump.

3 de enero de 2017

Publicado en *El Diario Vasco*, 12 de enero de 2017, p.24